

EL INSTITUTO DE INVESTIGACIONES ESTÉTICAS

HEMOS hablado anteriormente de la función científica que cumple la Universidad de México a través de sus institutos de investigación. Hemos comentado cómo, por primera vez, se analiza a la luz de la ciencia la totalidad de fenómenos que integran la realidad, teniendo como norma de este análisis un criterio superior e interpretativo. Queremos hoy dedicar este pequeño comentario a una de las ramas de la investigación: la Estética.

Sin duda que, concebidas las culturas como organismos, el alma habla su lenguaje en todas y cada una

P o r

R A F A E L L O P E Z

Director del Instituto de Investigaciones Estéticas
DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE MEXICO

de las formas sociales. Se revela el espíritu de un pueblo en su sistema económico, en la dirección de su política, en la relación del individuo con la comunidad. Se aparece también en la religión, en la vida pública, en la vida privada. Pero donde adquiere mayor relieve su expresión, más plasticidad, es en las formas artísticas, donde la libertad de la creación no se halla limitada más que por los mismos límites del espíritu.

Por otra parte, organización social, política, religión, están siempre ideadas dentro de ciertas proporciones que dan, de cerca o de lejos, la belleza. Y esta correspondencia entre el equilibrio de las cosas y la necesidad humana, esta relación, a veces sutil y en ocasiones directa, es la que quiere encontrar el Instituto de Investigaciones Estéticas, recién creado en la Universidad.

México ofrece al estudio vastas regiones perfectamente diferenciadas. En ellas puede haber una gran pobreza en el idioma artístico o un desborde copioso de inspiración y estilo. Pero al investigador interesan por igual aquellas comunidades primitivas donde el arte sea rudimentario y estrictamente funcional, que aquéllas en donde haya alcanzado un florecimiento brillante. La patria es esta oposición entre zonas miserables y ricas, entre la parca producción otomí y la incontenible creación de los mayas. Son aspectos de civilizaciones diversas, cuyo ritmo no es siquiera semejante, y cuyos supuestos se diferencian profundamente. La cuestión está en saber fijar, a través de la disciplina científica, el perfil artístico de cada pueblo. No se desea que toda esa materia que necesita ser ordenada sirva como tema para producciones de arte. Al contrario, hay una separación definitiva entre aquél que se acerca a encasillar la realidad y el que se acerca a comentarla en verso, pintura o escultura. La misma distancia que puede haber entre Humboldt, que hizo cuadros técnicos sobre determinados fenómenos de la patria y, por ejemplo, Fernández de Lizardi, que dibujó con su pluma colorista la vida lastimosa de nuestras clases populares, hay entre el Instituto y cualquiera otra actividad que desvíe su propósito.

Salen los jóvenes de México, en donde tiene que hallarse la semilla de los futuros investigadores, a examinar cuidadosamente la realidad nacional, a anotarla, a decirnos cuántas grecas hay en tal lienzo de piedra o cuántas notas en una composición musical. Tendrán que referirnos qué estilos europeos retratan las danzas, o qué ritos

ancestrales. Habrá de diferenciarse la línea divisoria de las dos sensibilidades, que se mezclan en cantos, oraciones, trajes. Es el trabajo de base, el esencial. Ya después habrá una inteligencia menos concreta que fije los ciclos, los tiempos y la órbita de las artes. Que diga por qué el arte monumental se trunca de súbito, o por qué predomina tal o cual dirección. Sobre la existencia presente de figuras, de templos, de *ballets* sagrados, ha de elaborarse la raíz de nuestra cultura y definirse su sentido.

El Instituto de Investigaciones Estéticas de la Universidad tiene, ante sí, un cúmulo de materiales desordenados. Tiene, además, las barreras que opone el recelo, la prevención de las gentes, para dejar hablar a la sabiduría heredada. Pero, por otro lado, cuenta con la voluntad firme de hacer una arquitectura de esta ignorancia de México.